



Saúl Ibargoyen

TANGO NEGRO

(2009-2010)

Publicado por TheWriteDeal. Propiedad literaria © 2013 Saúl Ibargoyen. DOI: 10.5889.527.219. Todos los derechos reservados. Diseño de portada © TheWriteDeal. TheWriteDeal, New York, NY.

www.thewritedeal.org

Este libro es para
Itzel María Gómez y Rosanna Iñigo,
aunque no sepan el porqué.

I.

Tango negro

“La música de una voz no deja de buscar
su origen en el cambiante aire.”

M. IBN AL-MAHAD

TANGO NEGRO

Invitación

a Isidore Ducasse

De incontables madres partidas

De mamacitas insultadas a causa

De anémicas monedas

Y sudores fatigosos:

De hembras potentes y sin límite

En la piel y sus agujeros sedientos

De misses aromáticas o minas desguazadas

O percantas abandonadoras o viejas pirujillas

O damas infranqueables o musas lloronas

O arrabaleras princesas en palacios de hojalata

Que transitan botellas casuales o beberajes permanentes

O llanuras caóticas mojadas como sábanas:

De señoritas con cabello respingado

Con sus dulces prendas que un vate mencionara
Pero no mal halladas y sí bien provistas
De perfumes finísimos entre jugos perversos:
De ejecutivas domésticas con sus batas bautizadas
Por la sacra grasa de una tripa de puerco
Por el chijetazo de un extraviado café
Por el picor enloquecido de una salsa roja
Por el verde moquerío anunciador de bíblicas influencias
Catarros financieros y otros males:
De doncellas atentas a la moda
Del yoga posmoderno o del mini calzón
O del no-calzón que también es presencia
Porque en todo lugar: cielo jardín estufa reliquia entrepierna
Siempre se enreda una sombra:
De niñas que se tocan en los cuartos de aseo del colegio
Mas las bocas tendrán que olvidar lo aprendido
Esa primera fiebre que irá desprendiéndose
Con las células reseca que una escoba última expulsará:
De estatuas carnales y muebles mostrando trapos
De lujo sombreros mágicos sandalias de nuevo cristal
Y abajo el hambre vulgar de soñadas pizzas de ardientes papas fritas
Y resplandecientes chorizos y ostras y espaguetis:
De muchachas demasiado solas que castigan a puro zapato

El polvoriento frío de las banquetas
Escuchando el resuello impalpable del lobo
Que gozó de los huesos de una infanta en el bosque:
De tiburonas o piojas o alacranas
De chavas o chavalas o pibas o garotas ya muy antes nombradas
Que bailan una música de tenebra entre luces de vidrio
Y cinturas y manos y licores y sórdidas harinas acechantes:
De animalejas o animalonas de toda color danzando
Sobre esta fracción de realidad llamada mundo
Pedazos de viva placenta chorros de líquido mensual
Chillidos solitarios envueltos en carne sangrante
Lágrimas de mineral desesperado
Salivas con gérmenes de pus y de esperma
Dientes desechados por eructos ausentes
Uñas de extraviada raíz
Nervios pisoteados y sin rumbo
Oraciones perdidas entre rancos automóviles
Cuadernos de borradas tareas y palabras
Fotografías mudas como un cangrejo olvidado.
Casi todas las seres humanas que pueden ser
Sin adjetivos madres o tías o ahijadas o madrastras o abuelas
O hermanas o primas o choznas o sobrinas o nietas
O novias o esposas o amantes o amadas o viudas o solteras

O mancebas o suripantas o concubinas o sirvientas o esclavas

O simplemente solas o luminosas o jefas de estado

O iluminadas o perversas o pródigas o distraídas o sutiles

O torturadoras o místicas o brutales o desérticas o neblinosas

O hacedoras o rebeldes o mundialmente apegadas a este escuálido planeta

Denominado mundo

Así como la sal de la mar océano se aferra

A su oxígeno enturbiado y feraz.

Ellas casi todas bien terrícolas

Y de alzados cabellos. Ellas.

Y Ellas casi todas están invitadas

A danzar o a bailar según se guste

Nuestro tango negro.

Primer compás

a Oliverio Girondo

La mano derecha extremo de un huesoso brazo

Flexible como lanza australiana

Camina a cinco patas por una cintura despojada.

En la curva que inicia un rumbo

Hacia otra duplicada redondez de indudable apetencia:

Los dedos presionan con su tacto de mando

Ordenan una detención aun antes del primer movimiento

Luego de dos respiraciones conjuntas

De dos hálitos que cruzan sin tocarse

O quizá se dé un ligero choque de finas moléculas calientes:

La siniestra mano aprieta una mano diestra

Que parece con su anillo entregarse en un tránsito de alturas

Sorpresivas y el pie de la zurda o zapato cordial

Se adelanta con cuidada violencia

Para que un delgado pie se encauce
Sobre el agudo tacón de tallo oscuro.
Y otros pasos seguirán como naciendo de un patio
De baldosas blancas: hay muchos pies como raíces trashumantes
Saltando desde ese espacio que tiembla
A golpes de guitarra y flauta y violín y piano también
Y a órdenes del padre bandoneón
Que nos lleva hasta el fondo y el fuego de humanas hedionderas.
Las dos figuras son más de dos figuras
La pareja danzante nunca será una
Sino el dueto carnal multiplicado que se contrae y se expande
Se viborea y se estira se entreteje y se diluye se aspira y se distiende se desliza
Y se tropieza se estruja y se aleja de sí mismo para ser en otros.
Y la música se contrae en los acordes que caen
Como estallantes voces no inventadas por nadie.
Y a ellas las nombradas desde lo profundo
Las invocamos nuevamente con igual unción
Desde hace noches o dolores o ausencias o siglos:
Vengan a nos madres y novias y amadas y musas ariscas
Que aún habitan esta sucia parcela del mundo:
Vengan a nos: bailemos o dancemos
Entre neblinas de tabaco
Y asmáticos aires

Segundo compás

a Jorge Enrique Adoum

El acorde del final aún no resuena

Nadie lo inventó entre una melodía de puro aliento

Y estrofas perdularias de fino arrabal:

Aún no llega como relámpago oscuro

Por ahí queda o sea en todas partes

Único y solo como una rama de cerezo

Acosada por el invierno inevitable.

Y cuando una escarcha de polvo

De mustia saliva y de cigarros muertos

Entra en quietud buscando su entropía

El padre bandoneón recupera y recrea su hálito fulgente

Y dispone el idéntico y renovado hilo melódico

Y parece rugir en brama de sí mismo

Y escupe el compás certero

Que los otros utensilios musicales recogen:
Y el compás segundo se instala
En un infinito aparente de juegos tonantes
Que también irán cayendo y recayendo
Y resonando en espirales explosivas
Y círculos sin término como órbitas o aros o anillos
Entretejando un sistema original
Que nunca será escrito en papel pautado
Ni en hojas de pergamino ni en delicadas pantallas:
Porque dicen que los dioses siempre borran
Los pasos de cada caminante
Pues cada paso es un camino y nadie debe mirar hacia atrás.
Y de pronto una voz en lengua femenina
Una voz aprendida sin duda de los viejos pájaros
Una voz que reventó su ecografía entre montañas
Y páramos y florestas y lagunas de agua inerte
Una voz que ya estaba metida en la madera guitarresca
En los metales resonadores
En el ronquiagudo deslizar del bandoneón inicial:
Una voz detuvo a las figuras altamente danzantes
A los demudados bailarines y su torpe zapato
Porque el zapato de charol o el de agudo tallo
O el de medio tacón o la alpargata

No son más que un residuo de toda música sagrada

Y burdesca:

Esa voz era un compás carnal

Era una silente melodía

Era una canción con sus verbos de soledad y sangre

Era un himno sin banderas

Era un cántico cruzando

Los aires mundiales que todos habitamos:

Y la noche entró en el día más próximo

Y las sombras se alzaron de las baldosas blancas:

Por eso repetimos que ellas todas

Las siempre Ellas las jugosísimas las mudas

Las tonantes las varicosas vengan a nos

Para que bailen sí y dancen y canten y silben

Y susurren y griten y jadeen y gimoteen

Y esqueleteen de a dos

Nuestro tango negro.

Tercer compás

a Pablo de Rokha

En verdad de verdades ciertas

O apócrifas o falsas o fingidas

Esto no es un vero tango:

Palabra escrita no es palabra en el músico aire.

Pareja que baila o danza tiene ropa del día

No disfraz arrabalero ni vestido ajustado a pecho y cadera

Ni pantalón pegado a la fuerza del muslo

Ni acrobacia desplegada en salones y pantallas.

Pareja que se disuelve en el tono enronquecido

De fuelles y voces juntándose en una proporción

Impensada de atracciones y lejanías

De roces buscados o de toques sin historia.

Pareja que baila o danza no es pareja escrita:

Aunque los pies se mezclen en dibujo intraducible

En trazos que desgarran cadencias y silencios
En carreras breves y giros desquiciados
En detenciones insólitas y estatuarias posturas
En rasgante taconazo y en cinturas oprimidas
En apremios y rechazos que las miradas tejen.
Entonces crece una verdad que no tiene comercio
Con los versos de cualquier escaldo o trovero
O segrel o payador o repentista
O triste improvisador al costo de su ánima.
Mas la pareja inventada o surgida de la impalpable sutileza
Que melodías y compases y ritmos cortados imponen
-Como hilándose en una inédita trama que tal vez hizo posible
La existencia profunda de microbios y galaxias-
La pareja se retuerce agotada como un fuego
Que se niega a resignar la memoria de su calor
O la altura de sus totales resplandores.
Se escribe aquí tal vez que la pareja muriente
Es sostenida por el espesor intocado de la propia sombra:
Que nada importa o nada vale la impensada atracción
De los pubis infecundos
De los ojos insomnes
De los calzones sudados
De los groseros calcetines

De las impalpables medias de seda de Oriente
De los huesos cocinados en su carne
Por un hervor antiguo.
Y se escribe asimismo que ya nadie mira
Ese revolcadero aéreo de agonizantes figuraciones
Esa verticalidad que balbucea hostigada
Por la respiración del viboresco instrumento
Que golpea melenas pintadas de oro y carmesí.
Sin embargo por este piso de polvo o de piedra
O baldosas blancas
Nada transita que se parezca
A ese débito total llamado muerte.
Y el padre bandoneón dispone compases duros
Fraseos inusitados hileras de notas ascendentes
Chillidos casi o ronqueras usadas para meter
En las orejas un ácido temblor
Como esa oscura vibración que una mano de escamosos dedos
Descubriera al pulsar los íntimos pelos
De la hembra sometida.
Sobre lo visible y más allá de la fragmentación mundial
Que la negrura de este tangoneo propone
Hay una costra de arenas y rocas y tierra
Revuelta con huesos castigados con pellejales

Endurecidos con pelambreras incompletas
Con gestiones fetales con cartílagos anohecidos
Con bicharajes insaciables con almuerzos inmundos
Con plumeríos atosigados con pólvora consumida
Con hachas descabezadoras con bombas minuciosas
Con podridos estandartes con salarios de escándalo
Con aguas vencidas por su propio horror:
Y desde esa cáscara de gruesas alturas
Que aplastan templos y torres y pirámides
Alguien puede percibir una mínima
Absurda solitaria resonancia
Que busca los pies indefensos
Los zapatos de cuero o cristal
Para que Ellas con su saliva sangrante
Ellas las de todos los siempre
Reciban la sacra tentación
De bailar o danzar
Nuestro tango negro.

Cuarto compás

a Carlos Gardel

Nadie se distrae del sufrir o de la sombra

Imaginando dos limpios esqueletos

O muchos pares de osaturas o calacas impolutas

Alzados como en una resurrección

Sobre este largo desierto de pálidas baldosas.

Se diría un absurdo trazado por neuronas descompuestas

O un corte de faca carnicera

Entre vértebras apretadas como lágrimas:

Se diría sin escribirlo aquí que se trata

De un mal sueño desprendido del buen roncar original

Como cualquier excremento excomulgado

Por pingües nalgas de profeta posmoderno

O por áureos culos de muchachas virtuales.

Cómo imaginar luego el fraseo

Las ocho señales del compasillo
Las dos trazaduras negras y no las cuatro
El compás de a dos y el menor y el de tres tiempos
Y sobre todo el zapato tacón y punta
Dando rumbo a una melodía sin asideros ciertos
Sólo encauzada hacia orejas contemporáneas
Para que escuchen también
El nunca fallecido mugir o rugir de los antiguos rebaños
De dos o cuatro patas.
Porque cualquier música aun aquella que quiebra
Tímpanos y audífonos y orejas pantallosas
O que se filtra por fibras escondidas
En médulas sensibles o erizados tuétanos
No puede corromper sus raíces o cauces primerizos:
Toda vez que ocupe sus lugares
O ecos en esta atmósfera tergiversada
Que se expande como un toldo de cáscaras absurdas
La tal música que merezca o atraiga
Aplausos o rechiflas memoria o silencio
Engendrará de nuevo la huella del aullido
Adonde la más triste de todas las especies
Hundió la voz para encontrar el canto.
Y Ellas las Ellas totales

Que tanto han sido y serán nombradas

Arrancarán sus gemidos sus reclamos

Sus ronroneos su gruñido su zureo su relincho

Su lamento sus cantaletas su ronquera:

Y calzando zapatillas o huaraches

Botas cortas o de alto pescuezo

Zapatos de tacones esbeltos

Coturnos de agrietado cristal

Pata desnuda nada más

Se derramarán por este campo de baldosas transparentes

Pues en todo viento neblina o aire suelto

Estará el padre bandoneón con su pueblo

De encordados sollozantes

De madera carnal

De aviones ardientes

Y de voces resurrectas:

Así Ellas vendrán a nos

A girar más veloces que el mundo

A bailar y a danzar

Nuestro tango negro.

Quinto compás

a Alfredo Lepera

Nuevamente el revoloteo el goteo el gorgoroteo
Muy por encima o al ras de las baldosas blancas
Del terrenal endurecido o las desprolijas tablas
Y la tentación de los danzarines ávidos
Por cada rincón o hendidura del bendito burdel
O lupanar decimonónico o bailadero posmoderno:
Así es el mandato que legendarias leyes
Grotescamente imponen para las órbitas humanas
Que son trazadas fuera de los márgenes de la sacra libertad
O el simple canto.
Acompasadas pues las calientes patas
Que habitan un calzado siempre transitorio
Y que cada bailarín dispone según su modo
Y sus respiraciones de humareda gris o bacteria ensalivada:

Desmesurándose las extremosas uñas
Que tasajeen medias rajadas y calcetines pútridos:
Deslizándose los muy acicalados y rasurados pies
En su estuche de fina bestezuela traído de un brumoso París
Que fosilizados filmes apenas recuerdan:
Desmadejadas las piernas como febriles fetiches
O furiosos fantoches rozan raspan
La cáscara inmutable de los espacios blancos:
Porque las flacas figuraciones similares a sombras
Se encrespan sin aviso a la llegada de súbitas palabras
En conjunción de sílabas y notas
De resbalosos acordes que con terrícola voz
Verbalean los matices del sufrir y el abandono
Y la tenacidad de la traición
Y el cuerpo respirando entre quebradas sábanas
Y el humo de una calle sin nombre
Y lo pertinaz de cualquier roja venganza
Y la memoria de un rostro perdido
Y la llovizna sutil donde crece la nostalgia
Y la taza de café con su siempre oscuro fondo
Y las nuevas golondrinas que nadie reconoce
Y la copa con su vino interminable
Y la ruina sin grandeza de fábricas y plazas

Y el grito sin letras desde una celda sola
Y las visiones de anémicos fantasmas
Y la ciudad que se va a otros países
Como un animal escupiendo
La baba final de todos sus días.
Y la cósmica voz o voz multiplicada
En su eco primordial y propio
Engarza melodías y compases
Atrapa gestiones de amor y movimiento
Ajusta los cuatro tiempos verdaderos
Entreteje metales y cuerdas y maderas y fuelles
Reúne espaldas y cinturas y muslos y pechos
Conecta manos y tobillos y cabellos y barbas
Entremezcla aromas y sudores y gemidos y murmuraciones:
Y es así que Ellas
Las olfateadas en nichos esquineros
Las buscadas en colchones y fotografías
Las nombradas en cada siglo de cada hora diaria
Retoman sus poderes sin mengua
Sugieren desnudeces y posturas
Pisotean tablas o baldosas imperfectas
Son conducidas entre no inventados rumbos
Entran en batallas guerrillas guerras entreveros:

Sí así son Ellas

Las musas pues que nos respiran

Con toda su viva verdad

Y que están ya bailando

O danzando o gozando o sufriendo

Nuestro tango negro.

Sexto compás

a Rumi, Kabir y Omar Khayyam

Nadie está cantando en el bar o la taberna

A nadie le apetece bailar o echar su danza

O sus giros como derviches borrachos

Que no pueden con el desmadre del mundo

O como la negrada primera que descubrió

La cadencia inexplicable que las tierras

Comunican a cada raíz a cada hoja

A cada tronco a cada rama a cada pétalo

A cada bicho de plumas que luego usará

Los tonos propios las rimas explícitas

Los ecos de un cántico de asombro.

Pero nadie canta aquí nadie se retuerce

Nadie mira su sensual acrobacia en este espejo.

Nadie alza la pregunta de “qué pasa hoy

Y aquí entre nosotros” porque nadie habrá

De dar una respuesta libre de roña

De verbos corrompidos

De paladares de oprobio.

Nada es mudo en ningún lugar

En sitio alguno los átomos callan

En comarca ninguna grita el silencio.

Y aquí en el bar o taberna o cantina

Todo sonido se ha congelado

Y todas las piernas son escobas tristes

Y las bocas beben un licor inmóvil

Y las narices soplan un humo anestesiado.

¿Dónde está lo afuera de este bailadero absurdo?

¿Dónde los peringundines y sus machos enlazados?

¿Dónde los bailongos y sus minas perfumadas?

¿Dónde las meseras de ínclitas nalgas y pechos de angustia?

¿Dónde el tabernero de sórdidos alcoholes?

¿Dónde la calle de hondos terregales?

¿Dónde el estribillo de fatigados cantantes?

¿Dónde el fraseo que estira el dolor o la sombra?

Sí afuera ¿dónde los ancianizados astros que estallan

Para renacer en otra tiniebla sin sentido?

¿Danzan las galaxias o aquí somos

Ahora el simple resto de su última ceniza?

Cada nadie que parece respirar aquí

En esta breve comarca de amontonadas palabras

Escucha ahora una resonancia de crujidos y de sangre:

Son llantos repletos de babas no resueltas

Lamentaciones en lenguas cotidianas

Sucias órdenes torpes leyes groseros reglamentos

Que el sucio fusil ampara

Y la impune inmundicia protege.

Nadie canta aquí

Pero alguien abre su oreja

Y la intangible cadencia

Vuelve a nosotros:

No tiene nombre no tiene apodo ni apellido

Y alguien chillará rugirá toserá escupirá

Sin voz ninguna sin ningún instrumento.

Sólo hay que esperar

Como las tortugas esperan.

Y Ellas las hembras enaltadas

Y nombradas casi todas

A pura tinta o a encía impura

Vendrán a bailar o a bailotearse

O habrán de danzar

Nuestro tango negro.

Séptimo compás

A Carlos Pedemonte, al salteño Oscar Heguaburo, al maestro Cerrutti, a Héctor Ferrer y a mi padre Leandro, guitarreros de ánima limpia, y a la voz gaucha de Ricardo Farías, un largo in memoriam

¿Dónde están aquellas guitarras

de hispánico encordado y arcaicas maderas?

¿O cincuenta años no son nada

O solamente rasguídos de cuerdas de tripa

O de nervio fulgente o de enroscado metal

O ligeras presencias de zorzales de pecho amarillo

O figuración de cardenales de testa enrojecida?

¿Por qué los pájaros cuando hablamos de guitarras?

¿Por qué esos personajes de pétalos plumosos y cambiantes

En medio de la terrícola verba de este tango negro?

¿Por qué eso todo se involucra

Con la totalidad de lo total?

¿Por qué en estas respiraciones de tangida palabra

Se entrelazan los hábitos de un licor destituido
Los vapores de un sobaco juvenil besado en la tenebra
Los alientos apegados
Al golpe del pulgar en la potente bordona
Y al impalpable toque
De límpidas uñas como una cotidiana oración
Sin templos ni ofrendas?
¿Por qué las milongas camperas
Por qué el tambor del carnaval veraniego
Por qué las milongas que la ciudad inventara
Por qué los pericones y las zambas
Por qué los tangos y las cuecas populares?
¿Por qué no las afinadas sinfonías
Los angustiados réquiem la suave barcarola
La sonata desgarrante la firme rapsodia
Y el inquieto rondó?
Las preguntas se alejan de lo cierto
No llevan cuenta de los años y el dolor.
¿Qué haremos pues con el sonido
Que entreteje sus órbitas inesperadas
Sus repeticiones de límite y sentencia
Sus espinas disolviéndose entre suspiro y carne?
A nadie en este tango negro le fue dado

Decidir el peso de su aliento
Ni el grosor de la luz que transita por su cráneo
Ni la cifra de su excremento habitual
Ni el alcance de su agónico ronquido.
¿Qué hacer sino arrancar otras guitarras
De los limpios árboles que el hacha o la sierra
Cercenaran? Allí como propectas tortugas esperan
Las formas que el madero tal vez inventara
Con todo y su boca desplegándose
Y su brazo entero vertical invencible.
Otras manos habrá de hueso nuevo
De tendones temblantes tanteadores telúricos
De uñas y yemas hacedoras
De aquel tango que sangró en los añejos días:
Porque lo reciente ya estaba en el todo anterior
Como la montaña respira en un punto de arena
Y el águila austral en su cuerpo da limpieza
A un resto de escamas o de branquias.
Guitarras como ciudades de incorrupta madera
Galaxias que extienden su melodía sin fondo
Sistema de hombres que quiebran sus vértebras
Hurgando rascando descubriendo encontrando
Borrando rehaciendo el completo sonidal

Como místicos pescadores
Que buscan su pez de ellos en un océano hirviente.
Hombres sí llegados con escaso traje
Y corbatas ningunas
Con sus cuerpos dispuestos a ser entregados
A un nutriente aire de sudor y ceniza.
Estos hombres con su panza o su flacura
Con oficios diversos sin ecos de vihuela
Con labios atentos a un vino amical
Con pañuelos color de aire fulgente
A veces con botas empinadas
Y cinturones de hebilla de traslúcida plata:
Estos hombres de atristadas milongas campiranas
De vales criollos lentos o vivaces
De zambacuecas ardorosas
O sambas de pasión alucinada
O arrítmico jazz y tangos ecuménicos:
Estos hombres de valiente medianía
Adheridos a leyendas incorruptas
Levantán otra vez su banderal guitarrero
Sus pendones sonoros
Sus estandartes de pura melodía
Sus ritmos cuaternarios que son

Médula y cal de todos estos huesos.

Señales son sus gestos músicos

Que limpian lo posible del pútrido mundo

Que dan sitio al hondo sudor y a la palabra

Que encienden la precaria piel

De toda carne aferrada a lo humano

Para que Ellas las hembras niñas

Las machas doncellas

Las madres devorantes

Las que orinan de pie como las diosas

Las putas destruidas e insondables

Nos llamen a enredarnos a dolernos

A bailarnos a cuajarnos totales y únicos

De a dos y de a todos

A danzar hasta el fin

Nuestro tango tango negro.

II.

Los poemas de Marcela

“La quietud del aire detiene

el caer de algunas hojas.

Otras parecen caminar por la tierra.”

LU TUNG CHI

LAS VOCES DE MARCELA

¿Qué rostros hay

en esa cara sin máscaras

que de pronto parece parecerse

a la niña todavía apegada

a las morenas pieles

que te esconden de ti?

¿Qué oscuridades se oxidan

en la mancillada sustancia

que pones en los ojos

para no ver tantas figuraciones carnales

en demanda de deseos de precios

de encuentros de teléfonos?

¿Qué espacio se establece

entre los labios encerrados

por líneas desaliva apretadísima

y la sonrisa alzándose

desde tu incompleto corazón?

¿Qué voces de ti tendrás

en esas voces tuyas

que quieres oír tal vez

junto a algún alguien que ahora escucha

las primeras señales del silencio

que así

habrás de vencer?

EN LA CIUDAD

Yo camino con mi yo de hoy
por esa ciudad
que en un tango se llama Buenos Aires:
hay un humo de muchos cigarros
caminando por debajo de mis pies.

¿Quién no se cansa de andar
entre tanta gente sin cara
que nada mira y que nada puede ver?

¿Quién no se cansa de las mismas
palabras con distintos colores de luz?

¿Por qué los automóviles trotan
reptan galopan como torpes animales
que no habrán de regresar?

¿Por qué el deseo
se entierra en la sombra?

¿Por qué los que están solos

no quieren todavía morir?

¿Por qué las palomas y los gatos

no huyen de aquí?

Yo camino por esta ciudad

y Buenos Aires con su nombre de tango

también se fatiga

entre mis pies.

BARRIO

La tarde del barrio
es como la memoria
de un sueño que vuelve.
El campo está lejos
y los trenes con su grito blanco
y los álamos y las acacias
cada uno y cada una
con su pájaro
y con las hojas lastimadas
que no pueden subir
trepando hacia su origen.
Una mujer se va se retira
de una niña que queda
para siempre como quieta
sentada jugando sin muñecos
sin un balón azul

sin una canica esplendente

al borde de la calle que tiembla

debajo de los autobuses

y de la última lluvia.

LOS PIES DE LA NIÑA

“Siempre escribo o ensueño

que camino

y más camino:

ya no tengo más dedos de abajo

ni más zapatos o alpargatas

que usar.

Miro hacia piedras y baldosas

veo el movimiento

pero el polvo de las calles

me esconde los pies.

Aquellos zapatos están

cada día más lejos

son más pequeños

como si volvieran

a su primera edad

a los años de aquel tren

que pasaba entre luces

verdes del verano

de aquel verano que fue joven

como la niña que yo fui.”

III.

Del otro aquí, del otro allá

“Los vientos no tienen rostro de arena
ni de neblina ni de humo ni de polvo.”

HUANG KI-YUN

POR AQUÍ Y POR ALLÁ

No caminaremos por calles amargas

No pisaremos el pasto de senderos sorprendidos

No habremos de escupir con desdeñosa energía

El rostro de las baldosas indefensas:

No seremos empujados a mirar los amorfos cadáveres

Que dan luz a la implacable cadencia del hediondo cielo

Y su curva de sangre:

No caminaremos como quienes siembran

Estúpidas pisadas en cercanos rumbos

Y absurdas lejanías:

No marcharemos al son al sonsonete al sonido

De los torpes clarines y su tambor opaco

No andaremos como ciegos caracoles

Tejiendo babas y rastros de inmundicia:

No dejaremos viajar nuestra saliva

En gestos de torpe palabraje

O en vibración de moléculas cansadas

De tantos silencios consumidos:

No habremos de saltar sobre las hormigas muertas

No dejaremos de aplastar papeles de seca mentira

No daremos fáciles patadas

Al aire cocinado entre lluvias de fiebre:

No arrastraremos el cuerpo propio

Sin su nombre que nos sujeta al tiempo:

No seremos sólo caminantes del interno zapato

Del huarache desnudo de la sandalia tenaz:

No habremos de correr con rodilla ligera

Sobre tantas veredas masacradas por la lluvia:

Porque negaciones muchas alzamos

En medio de avenidas que olvidan su ceniza:

Y sabremos caer sí hacia lo alto en nosotros:

Desde cada rincón alguien nos llama.

CANTO DE LA MUSA MUERTA

*“¿Quieres llorar? ¿No basta con lo que
lloraste cuando estabas muerta?”*

(Cita de Art Spiegelman, deformada
por la memoria o la necesidad poética.)

Has vuelto a morir:

¿No lo sabías?

Porque quieres tal vez aquellos sonidos

De ronca ceniza

Y de pálidas banderas:

La negación en ti del madero ardiente

Y el rojo de las revoluciones:

El grito sin forma de los fantasmas desollados:

El rugido unánime que perdura

En los mercados destruidos:

El gemido de la infanta cuyo himen

Puedes palpar por mucho menos
De treinta monedas:
El estreñido barullo de las campanas
Que nunca doblaron por ti:
El sudor en tu almohada
Con gruesos pelos de otras especies:
Las palabras ni limpias ni mugrosas
Ni opacas ni esplendentes
Que no podrás reunir bajo tu nombre:
Los documentos que otorgan testimonio
De tristes cosas y sólidos idiomas
No aprendidos:
Porque ésta y otras voces ya dijeron
Que has vuelto a morir sin comprender
Las tensiones de un pulmón paralítico
Ni el crepúsculo sin fondo
De tus vísceras deshechas.
Has vuelto a morir:
Ahora ya sabes qué pasa
Con el bronquio ennegrecido
Qué sucede con los cárnicos
Resortes de tu vientre
Qué acontece con la penúltima neurona

Que no logra cantar.

Has vuelto a morir:

Así huyes del miedo

Y del sórdido dolor:

Así ya no tendrás

Sordos conflictos con tu silencio.

Barrio Flores, Buenos Aires, octubre 2009

HACEDOR DE ESTRELLAS

para Olaf Stapledon

El hígado de las más

Dulces estrellas

Está hecho de carbón

O más bien de una negra color

De imprevisibles sustancias:

Pues su niñez de luces tardías

Ya no tiene memoria

Del nacimiento de cada

Subjetiva porción de dolida energía

De cada partícula bebiendo

Un extraño oxígeno

De hervores incompletos.

Y en lo adentro más interior

De tantas tripas cósmicas

Hay movimientos de parálisis fulgentes

Hay tubos de materia intocada

Hay frecuencias de largor inesperado.

Las galaxias son

O así parecen ser

Un inerte estallido

De lenguas silenciosas

Un turbión de impolutas suciedades

Una múltiple copia de pesadillas imposibles

Un horno ennegrecido por cáscaras

De insondables firmamentos calcinados.

La invisible Luna golpea

Una frialdad de pasto sin hormigas:

¿Para qué describir con tan triste ceniza

Con tan absurdo arte

Con tan torpe hazaña escrituraria

Esta inmedible expansión

De cada una

De todas las sombras?

KAOS

(“Terremoto en Haití: miles de muertos”)

Toda la apariencia de las cosas de afuera:

Los objetos de aire de olor de humo diverso

De luces carcomidas de inexplicable rumor

De sólido silencio de tenaces vibraciones

De fuegos escondidos de alzada vegetal

De tenues ausencias de carne sacrificada:

Todo lo que cada especie percibe o capta

O destruye o modifica o devora:

Todo lo que tiene algún tamaño

O entreteje surcos espaciales

O nichos de súbita sombra:

Todo lo múltiple que nunca

Podrá ser nombrado

Mientras que otro todo de palabras
Simplemente habrá de borrarse:
Esa totalidad de todo
Ahora golpea desde adentro
Escupe colmillos y lenguas feroces
Estalla arterias encendidas
Pustulencias sobre pustulencias
Fragores de mugre sobre tripas inmundas
Coágulos podridos sobre oxígeno muerto
Cobijas y sábanas para cuerpos disueltos
Preciosa comida para bocas desgonzadas
Tablas pulidas para chozas sin nadie
Mensajes frescos y cruces y armas verdes
Que el siempre Imperio
Siembra otra vez como huevos perversos.
Todo se desvanecerá
Como aullido de caballo
Que lame su vejiga despojada
Como bandera apenas resurrecta
En su triste palo de viento y de polvo
Como oscurecidas canciones
Caídas en la raíz de hospitales y palacios
Como espumas quemantes

Sin destino ni término
Como dulces cráneos rompidos
Que no sabrán hallar su extraviada peineta
Como bestias inesperadas que asesinan
Y comen a diente furioso y así morirán
Como esto que ahora se escribe:
Que no es crónica ni furor ni documento
Y que también encontrará una dimensión
De olvidos humanos
O un pretexto de conquista actualizada
O un lamento vacío en pantallas sangrientas:
Esto que se escribe dejará de ser
Entre los humos totales que fermentan
Entre capas de tierra mancillada
Y cáscaras de cielo envejecido:
Y todo lo de afuera -ya se dijo- tendrá
Su designación su organizado sonidal
Su membresía su nombre inevitable:
Pero una memoria de roja estridencia
Tendrá que emerger del excremento popular
Del feto despedido sin excusa
Del zoológico ciudadano derramado
En calles y cloacas y banquetas:

Deberá saltar hacia su resurrección

Propia y urgente

Con su estandarte de piel harapienta

Con sus condones rotos

Con sus camisas huecas

Con sus libros intocados

Con su encía muda y su nariz desierta

Con ánimo de terco perro naciendo en su ladrido.

México DF, enero 2010

LA ESQUINA DE SIEMPRE

En toda ciudad hay una esquina sola:

Se dirá por quien esto escucha

Que las esquinas esperan

A una ciudad acudiendo a su frágil geometría

Es decir que caiga en un revuelo

De ladrillos hervidos al sol

De baldosas despegadas de tierras hostiles

De árboles crecidos a agua lenta

De murallas oxidadas por un viento cualquiera

De torres alzadas entre metales muertos

De plazas de reiterado verdor entre ceniza roja

De templos brillantes adonde el humo crece

De puentes como brazos tristes

De tendederos con su ropa abandonada

De automóviles extraviados como pájaros

De mujeres apretadas a su perfil de sombra

De hombres que llegan a esa esquina sola

De jóvenes perros que simplemente vuelven

A orinar allí.

FIGURAS QUE VUELVEN

Cada figura callejera insiste en su regreso:

decimos figura como una construcción

de fiero metal y cristales supurando

un vaho de cigarros y un hálito

de sinceros eructos que no cesan.

Decimos con trazos y golpes de lápiz parlante

que hay una figura en cada momento

de una tarde sin reloj ni árboles solos.

Figura como qué y no es pregunta

quizá casi un hombre que huele

cubetas y bolsas de desechos muy humanos

pues busca su comida de hoy

que será hedor y flema en su encía de mañana.

Decimos con ripios de voz

y a pura desmemoria

que hay manchas de dolor

y goterones de sucio sufrimiento
en cualquier charco de quebradas cucarachas.

Decimos calles y crece sin aviso
una dura neblina a ras de aire
que apaga sus raíces de sol
y que así destruye
la verdad de su cuerpo transparente.

Y esto decimos: figura por fin de muchacha
cortando el bajo cielo
con el fogonazo de sus calzas negras
pues hay en esa aparición
un deslizamiento de suaves tinieblas
que desde ombligos y pétalos insomnes
extiende su quehacer de humedades
y sal resucitada
para el sagrado tacto y la vigilia.

LAS VIEJAS GUERRAS

(para Robert Fisk)

Tú el escuchante de esta tinta enmudecida

¿has pasado también por “las viejas guerras”?

¿O hay solamente insípidas guerrillas

en la crónica de tu amable respiración

y sus grises resonancias?

¿Pasas o no pasas por ancianas degollinas

por matazones entre un barro

de lombrices profundas

por espacios forjados con médulas de arena

por ramajes de calcio desfibrado

por gastados patíbulos y rejas sin sueño

por uniformes de toda color

que rasparon polillas de fuego

por cartas a medio escribir

con frágiles tragedias y fotos corroídas
por caballos empapados en petróleo
por balones desinflados a plomo
y muñecas sin himen y sin rostro?
¿Has pasado por esos territorios
de vero papel de vero lienzo
de vera pantalla de cristal
por esa gran cáscara de esqueletos
siempre aplastándose
siempre apócrifa o sea oculta perdida archivada
para que las narices no se estremezcan
para que los buenos modales sean consagrados
para que la inmundicia confirme sus poderes
para que las gozadas digestiones y cópulas
jamás se interrumpan?
Intenta sí pasar por las antiguas guerras:
cruza esta calle o entra en tu recámara:
el primer paso será
la mitad de todos tus pasos.
¿Qué sangre encontrarás que sea
solamente la tuya?

¿LIBERTAD?

Este cielo es de hierro y las campanas
apenas tiemblan en su cáscara de aire.
Abajo en el siempre abajo de cada hora
Tal vez podamos ver una mosca doméstica
congelada entre las mugres de la calle.
Y más allá de los charcos desecándose
bajo un viento de guerras renovadas
aquellos perros entre agruras
de pura hambre y desconsuelo.
Y hay niños también en cada rincón
en donde lo oscuro crece.
Y las muchachas pisan baldosas rajadas
mientras manos y dientes las buscan
con gestos de chorreante podredumbre.
Y los pájaros naufragan
en la soledad más total

para alcanzar

un poco de alimento o de silencio.

CONDICIONAL

Si fuera casi cierto

Que de la nada verbal

Nada de la homoverba estalla

O reinicia o empieza:

Si fuera casi verdad

Que la carne naciente

Y gritona ya nos llega

Con el valor agregado

Del orgasmo

Y de la muerte:

Si pudiera casi creerse

-Según se dijo-

Que somos todos nosotros

Los ojos y los pelos

De una sola cabeza:

Si fuera menos mentira

Que la hoguera hedionda

Y que el certero misil

Y que la usada segur

De un solo verdugo

Contienen todos los suplicios:

Si alguien casi creyera

Que estamos repletos

De animales bien distintos:

Si eso casi fuera así

Quisiera preguntar al yo primero

Cuál es el animal que duele más.

PREGUNTAS A LA MUSA

“¡Oh Musa!”

PUSHKIN

¿Es el tiempo la más íntima sustancia
de cualquiera de tus sombras?

¿Es el olor de tu pelo
la confusa invención
de estas narices sedientas?

¿Son tus voces
el cántico de ceniza
que solamente estas orejas podrán escuchar?

¿Es tu lenta figura un cuerpo
inclinándose hacia el vacío socavado
por los cuerpos tuyos?

¿Estás aquí respirando entre estos muslos
o simplemente eres el fantasma

de todas tus ausencias que se aleja?

¿Has llegado a este sitio

de calles sábanas palabras

o es tu ausencia que ahora se adelanta?

¿Estás aquí o eres tan sólo

un aire carnal

que no puede ser contemplado?

¿Es tu boca apenas tocada

o son los densos pétalos

de una rosa inalcanzable?

CUANDO ALGUIEN MUERE

Cuando alguien o alguien muere

un sórdido suceso de insectos

empujado por el frío se desplaza.

Cuando el cuerpo de alguien muere

cunde una súbita furia

de jugos inexactos extraviados

en una red de tubos que se estrecha

hacia una asfixia de células ciegas.

Cuando aquel alguien muere

se inscribe en la fatiga de cada hueso

una fecha sombría.

Cuando alguien soslaya su simple calzón

y arranca de la nariz a uña pura

las raíces del pálido bicho

que la ahoga

habrá o hay un residuo de hálito volviendo

a un hueco de pulmones solitarios.

Cuando alguien atento

al crujir del visible mundo

por descuido de sí muere

sin saber cómo morir

cómo aquietarse cómo no respirar

cómo pudrirse cómo marcar sobre una piedra

la penúltima palabra

cómo decir lo que el nervio

antepenúltimo exigía:

entonces habrá o hay

una fronda de sonidos paralíticos

un ramaje de manos enredándose

un torpor de lenguas asesinadas

un rígido chillido que nadie escuchará.

NECESIDAD

“La primavera te necesita.”

RAINER MARIA RILKE

Se ha dicho alguna vez

Que con tu muerte

Muchas cosas imágenes

Objetos vibraciones morirán contigo

Es decir un mundo incompleto

Que nadie podrá conocer.

Porque ¿quién sostuvo

Necesidad de ti

Como un pez que precisa de su escama

O una mera oración de su solo sonido

O una piedra de su dureza medular

O una quemante tenaza de su uña indefensa?

¿Alguien pensó que serás

Una sombra necesaria

En las dimensiones de la cotidiana luz

O un simple eco

De otra oscuridad tal vez más profunda?

¿Será tu muerte sólo una respiración endurecida

Una pérdida enredosa de suero y de calor

Un montón de pelos despreciados

Un grupo de células secas debajo de un zapato

Un golpe de gases

Una hinchazón de impuras digestiones?

¿Quién dirá que tendremos

Necesidad de tu impalpable ausencia

De tus temblantes frases y gestos palabreros

De tus magras gestiones en medio de platos y cucharas

Entre sábanas volanderas y aire agonizante

En medio de lápices y pantallas y papeles

Entre sudores populares y banderas?

Necesario para ti para vos

Todo lo tuyo compartido:

La memoria que ya extraviaste

Será vera memoria

Entre las sombras nuevas.

Saúl Ibargoyen

TANGO NEGRO

(2009-2010)

Propiedad literaria © 2013 por AUTOR

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho a reproducir los materiales en su totalidad o en parte, o a su difusión por cualquier medio de comunicación.

diseño de cubierta del ebook por The WriteDeal

TheWriteDeal © 2013

www.thewritedeal.org

THEWRITEDEAL